

Stahr —trasunto de Irving Thalberg, "niño mimado" de la Metro durante buena parte de los años treinta y con el que Fitzgerald tuvo diversos contactos— caiga por lo que en la novela era precisamente su base: la imposibilidad de alcanzar la realidad soñada por parte de un hombre que la mitifica cotidianamente a veinticuatro imágenes por segundo...

No es negativo, finalmente, que Pinter haya objetivado una acción que en el relato literario aparecía narrada en primera persona a través de las vivencias de Cecilia Brady ni que haya añadido un final que no figuraba en los planes de Scott Fitzgerald. Si lo es, en cambio, que Pinter, Spiegel y Kazan, todos juntos, no nos restituyan esa imagen de un imposible romanticismo que, como síntesis moral de un período histórico, corría por las arterias del "The last tycoon" original. ■ **FERNANDO LARA.**

"El apolítico"

No podía faltar en el oportunista cine español una película sobre las elecciones. Siendo el tema del día, una humorada sobre este tema, tamizada con ambiciones centristas y divulgadora de los valores de la derecha se hacía necesaria en el panorama de este cine, que no es necesario, pero que parece que sí inevitable: Con la simple anécdota de un buen hombre de clase media (que sueña con tener un chalet, pero no le alcanza su sueldo para conseguirlo), un hombre que se siente apolítico y al que sólo importa seguir trabajando en su pequeña empresa, "en la que se ha hecho un hombre", pero que encuentra en un momento de su vida la sorpresa de haber estado marginado de una serie de cuestiones que ya movían de antiguo al país (y a su propia vida, ya que en veinticuatro horas descubre el amor con una jovencita —presumiblemente del Partido Comunista—, las relaciones prematrimoniales de su hija y a un nieto oculto que su hijo le había proporcionado, como los miembros de la derecha —presumiblemente de Alianza Popular— envían dinero a Suiza y cómo los abogados laboristas son seres honrados). La

reacción de este hombre medio consiste nada menos que en politizarse un poco y llegar a votar. Moraleja: piense, medite, analice y vote al mejor (que no será, entre paréntesis, ni los que envían dinero a Suiza ni algunos personajillos que aparecen en la película barbudos y desgredados que se meten en todo sin tener por qué. Conclusión: vote a Suárez).

No hubiera estado mal una película sobre la reacción de quienes realmente se han marginado voluntariamente de la vida política española y ven ahora a su alrededor la ebullición de lo que ya no pueden evitar. No hubiera estado mal una película que reflejara realmente la lucha abierta de unos partidos políticos por su legalización y divulgación, no hubiera estado mal un enfrentamiento de este personaje con otros seres más jóvenes, que entienden y ven la vida de forma distinta. No hubiera estado mal, en definitiva, una película honrada e informativa o en cualquier caso una película que no ocultara sus auténticas premisas. "El apolítico", en cambio, juega con todas las barajas posibles para colocarse en el centro equidistante que mueva algo la taquilla. Si, por un lado, por ejemplo, enseña cómo los jóvenes de hoy mantienen relaciones prematrimoniales, hará que una de esas chicas "se sienta una zorra" después de que su madre le haya explicado su noche de bodas. Reacción anormal en una joven que ya mantiene relaciones con su novio desde hace meses. Si por un lado muestra una huelga laboral, hará que los empleados de la fábrica tengan medio sin la intervención del hombre bueno —hombre bueno que explicará los inmensos sacrificios del propietario de la fábrica, que tiene que hacer auténticos prodigios contables para subir algo el sueldo a los obreros. Si, por un lado, enseña la reacción indignada de estos obreros, llegando a la huelga, por otra parte le hará seres serviles —capaces de limpiar el coche de su jefecillo— para lograr algo de lo que quieren... Es decir, cal y arena que haga de la película un híbrido.

Y, sin embargo, es menos horrible de lo que se podía imaginar. Mariano Ozores, su di-



"Rocky", de John G. Avildsen.

rector, es el hombre del astracán fácil, del chiste espantoso y de la película rodada en los días mínimos. "El apolítico" también está mal rodada, también es cutre en el peor sentido de la palabra —mal doblada, con congelados que evitan el plano sostenido—, pero parece más apasionada en Ozores que otras películas suyas. Quizá ha querido contar lo que él piensa: lo que ocurre es que previamente hay que pensar más en lo que se hace incluso para contar la propia situación de uno: el cine de Ozores se despierta ahora a los problemas políticos (por llamarlo de alguna manera) como antes se despertó a los del chiste del sexo y al éxito asegurado. El oportunismo y la honradez no pueden ser aliados. ■ **D. G.**

"Rocky"

Ya tenemos con nosotros al famoso "Rocky", fresca aún la publicidad de los tres Oscar ganados por la película. El público consume rápidamente lo que le parece imprescindible para su supervivencia y la moralina barata se hace "obra de arte". Todos los años, la misma historia: el cabreo sordo de quienes entendemos que los Oscar no suponen ninguna garantía y el encontronazo habitual con las obras más burdas y reaccionarias que da el cine norteamericano: "Sonrisas y lágrimas", "Patton", "Network"... siempre igual o al menos tan habitualmente que ya no puede sorprendernos.

"Rocky" lanzaba, además del producto en sí, la imagen de Sylvester Stallone, su guionista y protagonista, que dice tener concomitancias autobiográficas con el personaje de la película: un joven boxeador que encuen-

tra el triunfo (o la posibilidad del triunfo) cuando menos lo espera: un canto a la esperanza basado en la memez. Memo es el protagonista (una especie de monjita de la caridad con visos gangsteriles de pacotilla), rodeado de otros memos de cartón-piedra tan "gangsters" y tan monjas como él mismo: un alcohólico que sufre pero es bueno, una muchacha con complejos que resulta muy guapa, una joven de doce años que no hay quien se la crea, un "gangster" de verdad que nadie sabe en qué consiste, un viejo derrotado que haría morir de risa al John Huston de "Fat City" (espléndida película recientemente proyectada entre nosotros y cuyo solo recuerdo puede destruir este penoso "Rocky") y, en definitiva, una América buena como el azúcar, tan empalagosa como ella y que sirve para lo mismo: disimular el auténtico sabor del café. A Sylvester Stallone no le gusta el café ni a su director John G. Avildsen —autor, aunque parezca mentira, de "Salvad al tigre"— le ha preocupado en ningún momento hacer verosímil el sabor del azúcar. "Rocky" puede llegar incluso a indignar o a dar vergüenza ajena, concretamente en algunas secuencias como las de la preparación del joven boxeador (la primera de las que ocurren en el matadero puede ser antológica de lo ridículo). Su falta de seriedad, de inteligencia, de sensibilidad, de autenticidad, hace conectar esta película con muchas de las "españoladas" que no se soportan sin sufrimiento. Parece mentira que cuatro trucos publicitarios y el afán de volver a las películas "con final feliz" conviertan este "Rocky" en el éxito del año y haga creer que no es lo que es: una película torpe, hortera, vieja y fea que cuando no aburre es porque da risa. ■ **DIEGO GALAN.**